

EN MEMORIA DE D. PABLO GUTIERREZ MORENO

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI



**E**L día 16 de noviembre del año 1959 se extinguió la vida de uno de los hombres más ejemplares que he conocido en la mía: D. Pablo Gutiérrez Moreno. Nuestra Academia de Bellas Artes, en la que tenía colegas y amigos numerosos, alguno de los cuales tenemos derecho a considerarnos sus discípulos, acordó hacer constar en sus actas el sentimiento por su muerte y la estimación por su digna y noble memoria. Me siento particularmente obligado por muchos motivos a ser yo quien aquí recuerde su personalidad y su labor. Hacía ya años que sus dolencias le tenían alejado de toda actividad, recluso en el lecho, pero sin que en su espíritu joven dejaran nunca de alentar entusiasmos y proyectos para llevar a cabo sus ideas que algunos estimaron quijotescas. Era el suyo un quijotismo del que estamos muy necesitados en nuestros tiempos de oportunismo ambicioso y torpes egoísmos; él era un ardoroso campeón de la enseñanza concebida como misión y como deber, porque nunca tuvo nada que ver con institución profesional o académica alguna. La ignorancia era para él un mal al que había que combatir con las armas en la mano; las armas de la generosidad y de la fe en la cultura. Era un maestro nato de los que son escasos en nuestro país; un maestro a quien no importaban, ni buscó, los magisterios oficiales. Pertenece a ese linaje de españoles empapados de las preocupaciones de los hombres del 98, los que habían tomado conciencia de que los males de España no se combaten con mejores armas que con las de la cultura, entendida con vocación misional y no como fachada aparente para ocultar las miserias y el atraso. Su celosa independencia le hacía prodigarse entre los jóvenes, los deseosos de aprender, los futuros maestros o profesores, con el mismo empeño que ponía en apartarse de las institu-

ciones oficiales, de los honores, representaciones y cargos decorativos, tan buscados por los vanidosos. Fue Schopenhauer quien dijo que en los hombres hay que considerar tres aspectos: lo que son, lo que poseen y lo que aparentan. En D. Pablo lo que *era* fue valioso, pero apenas *tuvo* y nada gustaba de aparentar. Tuvo gran amistad con un gran español, poseído como él de análogas preocupaciones de maestro y con muy afín sentido de la necesidad de desbistar la rudeza de la sociedad española; me refiero a D. Manuel Bartolomé Cossío, a quien en los años de larga enfermedad del gran maestro de la Institución Libre de Enseñanza iba a visitar con frecuencia D. Pablo en su modesto hogar de la calle de Martínez Campos.

Don Pablo Gutiérrez Moreno era arquitecto. Había nacido en Madrid el 25 de enero de 1876. Ingresó en la Escuela de Arquitectura, y cursando sus estudios hizo oposiciones al Cuerpo de Telégrafos, en las que obtuvo el número 2; pero continuó su carrera, que terminó, según creo, hacia 1902. Hizo oposiciones al Cuerpo de Arquitectos del Catastro y obtuvo plaza en Sevilla, donde pronto se significó entre los profesionales, ejerciendo su actividad con gran prestigio y autoridad que le proporcionaron una extensa clientela, lo que le obligó a pedir la excedencia en su puesto oficial para dedicarse al ejercicio libre. Pudo dedicarse además, ahora con más tiempo, a sus dilectos estudios de arte y especialmente al de los monumentos andaluces, materia en que llegó a ser un especialista significado. Cuando murió hacía muchos años que había dejado la profesión, y no ciertamente por falta de vocación. Era madrileño, con ese espíritu de distinción modesta y de ausencia de vanidad que a tantos madrileños caracteriza, en contraste con la acuciosa ambición y afán de llegar que traen a Madrid tantos provincianos; esa elegancia espiritual era rasgo distintivo de su conducta y de su ética.

Don Pablo Gutiérrez Moreno hablaba poco de sí mismo, aunque su conversación no se agotaba nunca cuando se trataba de sus proyectos misionales. Yo sé poco, pues, de su obra de arquitecto, que merecía estudiarse por quien pueda y sepa de ella. Sí sé que trabajó mucho en Sevilla, y

que de la autoridad y el respeto de que gozó en aquella ciudad aún puede recogerse el eco entre las gentes que allí le trataron. Entre sus obras más importantes en materia de monumentos se cuenta la restauración del Castillo de Almodóvar, que había comenzado D. Adolfo Fernández Casanova, y la de algunas capillas e iglesias sevillanas, que le familiarizaron especialmente con el arte mudéjar y el barroco, en los que era autoridad reconocida. Construyóse un hotel-estudio en la calle del Brasil, y allí planeó importantes encargos de clientes particulares de la ciudad andaluza, realizados con una conciencia y una competencia excepcionales. Planeaba sus obras con amor, ciencia e ingenio, y desde su llegada a Andalucía se apasionó por la tradición arquitectónica de aquella región que estudió como nadie. Coincidiendo en esto con los mejores pioneros de la arquitectura contemporánea, D. Pablo Gutiérrez Moreno era crítico agudo y consciente de los errores de la arquitectura de su tiempo. La superficialidad profesional, la semicultura libresca, el comercialismo, la falta de contacto con las tradiciones constructivas de nuestro país, el desconocimiento de la naturaleza de los materiales, tema favorito de Frank Lloyd Wright, el gran arquitecto norteamericano—hombre de la misma generación que D. Pablo—, eran las causas de los extravíos y las equivocaciones de la mayor parte de los arquitectos modernos. Por eso estimaba un mal funesto el divorcio entre arquitectura y opinión pública y creía un deber llevar al convencimiento de todos la necesidad de una cultura mínima sobre cosas de arquitectura y de una educación del juicio en materia de tanta importancia no sólo estética, sino social. Todos sus esfuerzos desde hacía muchos años se dirigían en este sentido.

Nuestra tradición arquitectónica, tanto constructiva como estética, no tenía secretos para él. Con espíritu científico de observador de la realidad, descubría bellezas y soluciones que nadie había sabido ver antes que él en la vieja arquitectura popular, en las técnicas de la construcción mudéjar, en los cortijos, palacios e iglesias de Andalucía. Sabía cuánta lección y cuánta riqueza yacía allí perdida, sin que los arquitectos y los eruditos supieran verlas. Y por puro afán de salvación deseaba comu-

nicar sus observaciones y sus hallazgos a los demás: a jóvenes arquitectos, a aprendices de historiador o a sabios profesores, si querían escucharle. Celebraría mucho que, en lo que a su obra de arquitectura se refiere, algún estudioso sevillano pudiera, a su vez, salvar del olvido sus trabajos inéditos y desconocidos. Porque él no quería ni hablar de ellos. La Arquitectura como profesión le había dejado un mal recuerdo, una ingrata experiencia, de la que hablaba muy poco, pero a la que en nuestras conversaciones se refería a veces con honda amargura.

Para su clientela sevillana había realizado, en la ciudad y en el campo, obras importantes que le dieron crédito y fama. Se interesó especialmente en el estudio de la arquitectura rural de los cortijos andaluces, y algunos erigió y restauró después de haber estudiado seriamente su construcción y funciones. Se dio cuenta de los recursos, sin explotar aún, que los materiales tradicionales empleados en Andalucía podían ofrecer a la arquitectura de nuestros días, y llegó, utilizándolos, a soluciones felices, bellas y baratas juntamente. La arquitectura y la construcción se vieron perturbadas en Sevilla, en los años 1917 a 1920, por un ingrato clima de huelgas y atentados que amargaron el espíritu recto y sensible de don Pablo. Un incidente de esta anómala época vino a decidir su apartamiento voluntario de la profesión de arquitecto.

Llegó el momento en que una compañía industrial sevillana le encargó construir una planta, como ahora se dice, de cierta importancia. En vez de seguir las rutinas constructivas habituales, D. Pablo Gutiérrez Moreno ideó una solución de cubiertas con bóveda de ladrillo que podían ser construídas con gran economía por los albañiles andaluces, bien habituados a estos materiales. Tenía D. Pablo gran ilusión por ver realizada su obra con este método original que sólo requería habilidad y rapidez en la ejecución. Cuando la edificación estaba en su momento más crítico y los obreros trabajaban ya en las bóvedas, estalló en Sevilla una huelga de la construcción. El estado de la obra hacía preciso no interrumpir el trabajo hasta cerrar las bóvedas si no quería perderse lo ya ejecutado. Hombre liberal y humano, D. Pablo tenía en gran aprecio la labor de

los buenos albañiles andaluces, con que gustaba departir sobre cuestiones del oficio y a los que consideraba sus colaboradores; por otra parte, jamás se había mezclado en política. Aquella huelga iba a acabar con su carrera de arquitecto; dado el estado de la obra y poniendo por delante que él no se interfería en la cuestión de sus justas reivindicaciones sindicales, expuso a sus obreros que la suspensión del trabajo llevaría consigo la ruina de las bóvedas inacabadas. Les rogaba D. Pablo que cesasen las bóvedas antes de declararse en huelga; razonó, trató de convencerles de los motivos que le hacían pedírselo; todo fue inútil. Los obreros suspendieron su faena; a los pocos días un temporal de lluvias hundía las bóvedas a medio hacer, y en cuyo remate, por tratarse de una solución propia y nueva, había puesto tanta ilusión. Lo doloroso era, más que las pérdidas materiales, la posibilidad para D. Pablo Gutiérrez Moreno de que la opinión ignorante pudiera envolver en la responsabilidad del hundimiento al arquitecto, empañando su prestigio personal. Todo el mundo supo la verdadera causa del incidente, y la fama de don Pablo no hubiera padecido por lo que no le era imputable, pero su delicadeza y su conciencia escrupulosa quedaron seriamente afectadas por este lamentable incidente. Amargado, tomó una solución heroica: decidió apartarse de la profesión de arquitecto y marcharse de España, para romper los lazos que a Sevilla le unían. Así lo hizo; se fue a Londres y allí residió durante algún tiempo, estudiando su arquitectura y relacionándose con sus colegas ingleses, entre los que llegó a ser muy estimado. Por su gusto, se hubiera quedado definitivamente en Londres, pero el clima de Inglaterra no convenía a su salud, siempre delicada. Posteriormente hizo un viaje a Méjico, interesado por la arquitectura barroca de aquel país, viaje del que guardaba muy gratos recuerdos y un arsenal de notas y apuntes que pensó en ordenar y publicar, sin que nunca llegara a realizarlo, dedicado a tareas de divulgación del arte y la arquitectura que le atraían más que escribir y publicar trabajos históricos.

Cuando volvió a España para residir en Madrid, estaba resuelto a no volver a ejercer su carrera de arquitecto. Pero como la arquitectura era

para él una vocación profunda, ideó en seguida nuevas actividades que no le apartasen de ella. Hombre ascético, de pocas necesidades, estaba dispuesto a dedicar sus modestos ahorros a tareas desinteresadas que con la arquitectura se relacionasen. Fundó primero una revista que no tenía precedentes, ni ha tenido continuadoras; se llamaba *Arquitectura Española*, comenzó a publicarse en 1923 y vivió hasta 1928. Su esplendidez editorial era entonces inusitada; gran formato, cubiertas de papel couché, reproducciones sueltas en fototipia y en fotograbado y breves textos que, como toda la revista, eran bilingües, en español y en inglés. Atenta a la historia y a la arquitectura contemporánea, la revista publicaba estudios, fotografías y planos de monumentos del pasado, así como obras y proyectos de arquitectos contemporáneos. Comenzó en sus primeros números la publicación de un *Manual de Historia de la Arquitectura española*, de don Vicente Lampérez y Romea, que interrumpió la muerte del autor. La revista publicó un estudio muy notable, no concluído, de D. Manuel Gómez Moreno, sobre *La ornamentación mudéjar en Toledo*, así como otras monografías de arquitectura antigua en Sevilla y Murcia, sobre el Monasterio de El Paular y sobre monumentos barrocos madrileños, que tanto interesaban a D. Pablo. Los más importantes arquitectos de su tiempo en Madrid, algunos ya profesionales famosos, otros que lo han sido después y que entonces eran estudiantes o terminaban su carrera, dieron a conocer sus obras o sus proyectos en *Arquitectura Española*. La lista de los nombres cuyos trabajos aparecieron en la revista de D. Pablo es una verdadera antología de lo más notable de la profesión en aquellos años o en los posteriores; además de los arquitectos consagrados, muchos que no llegaron a serlo hicieron en esta revista sus primeras armas, y no sólo, como ahora suele hacerse, con fotografías de obra o con planos, sino con dibujos originales acabados y realizados con empeño de arte. Allí aparecieron trabajos de D. Juan Moya, de Palacios, de D. Manuel Aníbal Álvarez, de López Otero, de Rojí, de González Riancho, de Apraiz, de García Martínez... Números especiales hubo dedicados a Pedro Muguruza, a Secundino Zuazo. Gustaba D. Pablo de la enseñanza oral y de estar en contac-



to con los alumnos de la Escuela de Arquitectura, con los que solía realizar excursiones y para los que organizaba concursos con premios que otorgaba de su bolsillo, publicando después los dibujos elegidos en *Arquitectura Española*. Muchos arquitectos que iban a alcanzar notoriedad y fama entre las dos o tres generaciones siguientes a D. Pablo se dieron a conocer en las páginas de la revista; allí encontramos proyectos y dibujos de Javier y José Yárnoz, de Muguruza, de Ramón Aníbal Alvarez, Luis Moya, Luis Menéndez Pidal, Cárdenas, Gutiérrez Soto, G. Blein, García Mercadal, Aguirre, Navarro, Illanes, Fungairiño, Unanúe, Gato y Soldevila, García Arangoa, Iñiguez, Gamboa, Sánchez Lozano... Un número especial se dedicó a la excursión por España, en 1924, de un grupo de miembros de la Architectural Association de Londres, ilustrado con croquis y dibujos de conocidos arquitectos ingleses, Lutyens entre ellos, tomados ante monumentos españoles.

La empresa era ardua, económicamente sobre todo, para ser sostenida por el entusiasmo de una sola persona. Ahora que las revistas proliferan, pero casi siempre atenuadas a subvenciones oficiales, nos parece inverosímil esta iniciativa de D. Pablo, que empleó en ella cantidades para entonces muy respetables. Tuvo que suspender su publicación, pero fue para poner rumbo a otros planes. Que no hubo interrupción lo demuestra que en los últimos números de la revista, publicados en 1928, ya se anunciaban en sus cubiertas las *Misiones de la Arquitectura*. Se trataba de una campaña *misional*, es decir, como siempre en D. Pablo, desinteresada, para enseñar algo de arquitectura *a los que nada sepan de ella*, se decía. El plan de *Misiones*, como familiarmente las llamábamos los que fuimos discípulos—discípulos libres, claro está—y colaboradores de D. Pablo, comprendía una acción muy variada: publicaciones, cursillos, conferencias y excursiones. Las publicaciones proyectaron primero una serie de cartillas de arquitectura. Para ello D. Pablo amplió su radio de acción; después de haber atraído a jóvenes arquitectos, logró interesar a universitarios que terminábamos nuestros estudios por esos años del 28 al 29; todos ellos fuimos después profesores. Las *cartillas* publicaron cuatro vo-

lúmenes: su intención era continuar entre varios autores el *Manual de Arquitectura española* que Lampérez no había podido terminar por su muerte.

Juan de Mata Carriazo, hoy ilustre catedrático de la Universidad de Sevilla, publicó la *Arquitectura prehistórica*; Antonio García Bellido, hoy académico de la Historia, la *Arquitectura romana*, y el malogrado Emilio Camps, fiel discípulo de D. Manuel Gómez Moreno, publicó dos folletos dedicados uno a las *Arquitecturas visigoda y asturiana* y otro a la *Arquitectura califal y mozárabe*. Todos ellos aparecieron en 1929. Su breve y precisa redacción hizo utilísimos estos libritos —y aún lo son—. Hay que pensar que apenas había nada escrito en forma manual sobre la materia; no habían aparecido aún las numerosas publicaciones sobre arte español que desde entonces acá han visto la luz. La serie estaba proyectada para completarse hasta nuestros días, y si se interrumpió fue por causas diversas que no es ahora ocasión de explicar. Pero entre tanto, rodeado ya D. Pablo de un grupo activo, el campo de *Misiones* se extendió: ya no fueron *Misiones de Arquitectura*, sino *Misiones de Arte*. Era poco lógico aislar la arquitectura de las demás artes cuando de divulgar la Historia se trataba; los cursos y las publicaciones abordaron ya también la escultura, la pintura y aun las artes industriales. Así se llegaron a publicar, por iniciativa e impulso de D. Pablo, mi pequeño manual *Breve historia de la pintura española*, librito de 150 páginas y 55 láminas, que fue como un esquema de lo que desarrollé en ediciones sucesivas y que apareció en 1934. Al año siguiente *Misiones* editó la *Breve historia de la escultura española*, de María Elena Gómez Moreno, y a ella había de seguir una *Breve historia de la arquitectura española*, de Fernando Chueca, que la guerra dejó sin acabar.

Las publicaciones eran lo de menos en esta actividad “juvenil y entusiasta, bajo los auspicios de D. Pablo Gutiérrez Moreno, infatigable creador y animador de las misiones de las *Misiones de Arte*”, como escribe María Elena Gómez Moreno en el prólogo a la segunda edición de su *Escultura*. Con exactitud y justeza define allí la autora de este libro lo que

eran las *Misiones de Arte*: “Fueron éstas —dice— un esfuerzo magnífico para difundir el conocimiento y la estima de nuestro arte por todos los medios sociales, desde la escuela primaria a la Universidad, incluyendo a las masas iletradas y a las personas cultivadas no universitarias. Un grupo de jóvenes, unos, estudiantes aún, otros que comenzaban a abrirse su camino profesional, pusimos nuestro brío joven en la empresa, dando charlas, lecciones, conferencias y cursillos, que más tarde habrían de cuajar en publicaciones de Historia del arte español, asequibles a toda clase de curiosos y aficionados”.

Don Pablo dirigía y organizaba, nos daba el ejemplo; nosotros lo seguíamos. Tenía tal fe en sus *Misiones* que nos embarcaba a veces en aventuras nada leves en nuestro país; éramos como un pequeño grupo de asalto lleno de buena fe y que hacíamos frente a todo sin aspaviento. Ibamos a las escuelas primarias de los barrios pobres de Madrid, a cines populares que D. Pablo alquilaba a sus expensas para sus cursillos gratuitos, a los pueblos, a las ciudades monumentales próximas a Madrid. Y todo ello, para D. Pablo y para nosotros, desinteresado. Creo que el primer cursillo de conferencias se dio en 1929 en el Museo Municipal. Después el radio de acción se extendió. Entre los primeros *misioneros* estaban, a más de D. Pablo, Emilio Camps, María Elena Gómez Moreno, Manuel de Terán, hoy catedrático de la Facultad de Letras de Madrid, Carriazo, a quien ya he aludido, Bellido y algunos más. Yo me incorporé al grupo algo después de iniciada su actividad en un cursillo dado en la Asociación Hispano-Americana, sobre “Primitivos españoles”. Los colaboradores ensayábamos nuestro hábito de explicar, enfrentándonos con muy diversos y a veces difíciles públicos. La más osada empresa de D. Pablo que yo recuerde fue la de alquilar los domingos por la mañana —allá por 1932— el Teatro de la Latina, cuyas localidades regalaba D. Pablo —todo era gratis— a las escuelas y centros de enseñanza de Madrid para un cursillo sobre “Arte español”. ¡Qué experiencia inolvidable! Seguro que muchos sabios profesores, muchos oradores brillantes y aun algún político de salón no se hubieran atrevido a afrontarla. Yo no me hubiera creído capaz

tampoco de encararme con este tipo de cátedra pública y masiva, pero D. Pablo lo creía bueno y allá íbamos con él. ¡Después de esas navegaciones de altura, ya podían echarnos a nosotros oposiciones! Muchos colegas circunspectos y cautos nos miraban con irónica conmiseración y pensaban que aquello eran chaladuras de D. Pablo. ¡Siempre quijotes y sanchos! Pensaban otros que perdíamos nuestro tiempo y que hubiéramos debido, en vez de malgastarlo así, preparar, codos sobre la mesa, alguna de esas sesudas y suficientes monografías para revistas científicas, esas que sólo leen unos cuantos colegas... ¡para despellejarse entre sí! Yo de mí sé decir que aprendí mucho en aquellas andanzas, y que el entusiasmo y la fe de don Pablo, por ser contagiosos y nobles, me han hecho conservar hasta mis años—y han pasado treinta desde entonces —una punta de juventud misional que no cambio por otros graves prestigios de sabio o de investigador. Fue aquella experiencia la que nos hizo profesores de *vocación*, y no sólo de *profesión*, a todos los que estuvimos en las filas de D. Pablo. Porque allí, allí, era donde se veía fracasar a gentes muy sabihondas que, en efecto, comprendieron no era ése su camino y emprendieron el de las prebendas y los cargos de mangoneo y representación. Porque D. Pablo, tan generoso, tan deseoso de llegar al nivel de las gentes *que no sabían y deseaban saber*, era crítico riguroso y exigente. Su exigencia era ésta: había que hablar a las gentes con claridad y llaneza, pero con precisión y fundamento. Y eso es lo que no suele usarse en las universidades ni en las escuelas. Por eso, y por haber con estas frecuentaciones limado en nosotros muchas deformaciones y corregido muchos vicios de una preparación propicia a la suficiencia y al engolamiento, tengo a D. Pablo Gutiérrez Moreno por uno de mis mejores maestros. Y me produce melancolía pensar que ni como sabio, ni como arquitecto, ni como profesor, la sociedad española supo aprovechar la energía y el desinterés de este hombre bueno que vivió siempre pensando en hacer algo útil para los demás. Me atrevo a pensar que sus *Misiones* y sus ideas influyeron en el propio Estado español. Llevábamos ya años los amigos de D. Pablo en nuestra tarea de pedagogía libre del arte y la arquitectura,

cuando se fundaron las *Misiones pedagógicas*, que creo siguen aún funcionando. Ni D. Pablo ni nosotros tuvimos nada que ver con su organización ni con su *staff*, pero creo que el ejemplo de la actividad de nuestras privadas *Misiones* tuvo alguna influencia sobre la creación de aquellas estatales organizaciones. Porque D. Pablo se alejó, con pudor exquisito, de todo lo oficial. Amigo personal de muchas personas que alcanzaron en los tres regímenes que hemos visto sucederse en España y que hubieran —algunos al menos— tenido interés en asegurarse su colaboración política o técnica, renunció siempre a salir de su independencia, y cuando vinieron los años malos para él, siempre en su idea de no volver a ser arquitecto, volvió a ser funcionario del Cuerpo de Telégrafos en el Gabinete de Construcciones de la Dirección General de Comunicaciones, ínfimo puesto para sus méritos en el que le sorprendió la jubilación. ¡Qué, pena, qué lección y qué ingratitud no supone para tantas gentes a las que había dado la mano y que podían habérsela dado entonces!

Era reacio a escribir. Siendo un conocedor profundo de España y su arte y un escrupuloso restaurador de monumentos, y teniendo sus carpetas llenas de notas de primera mano sobre arquitectura española, apenas publicó nada sobre cosas que sabía tan bien. Recuerdo dos artículos suyos en el *Archivo Español de Arte y Arqueología*: uno, sobre “La cúpula del maestro Vicente Acero para la nueva catedral de Cádiz” (1928), y otro, sobre “La capilla sevillana de la Quinta Angustia” (1929), y no sé si algo más... Había pensado escribir un libro sobre la arquitectura rural y los cortijos andaluces, tema inédito para el que tenía acopiado un gran material. Sus *Misiones* no le dejaban tiempo ni gusto para ello. Pienso qué gran profesor de la Escuela de Arquitectura hubiera podido ser. Pero huía de cargos oficiales. Cuando D. Elías Tormo, conocedor de la excepcional competencia en arquitectura española de D. Pablo, le hizo nombrar Inspector de Monumentos, no logró retenerle mucho tiempo en un puesto del que pronto dimitió para volver a su independencia y a las libres tareas de su vocación personal. Tuvo méritos sobrados para haber sido miembro de la Academia de la Historia o de la de Bellas Artes, y

me consta que mi maestro Tormo quiso presentarle en cierta ocasión para una vacante de la primera de estas Corporaciones, sin que fuera secundado por otros que ignoraban —u olvidaban— quién era D. Pablo Gutiérrez Moreno. Hombre insobornable, feliz en su independencia, libre, libérrimo en sus juicios, él era incapaz de mover un dedo por conseguir un honor oficial si alguien intentaba regateárselo.

La guerra fue para él, como para tantos españoles, una catástrofe. Su pequeño peculio disminuyó, perdió gran parte de sus notas y sus papeles y se vio obligado a volver al servicio del Estado en uno de los Cuerpos a que pertenecía por oposición, pero precisamente en aquel que nada tenía que ver con la arquitectura, para ser fiel a su viejo voto. No se acordaron de él los que debían haberlo hecho. Se encerró en su digna y altiva independencia, y en los ratos que tenía libres volvió a organizar con maestros, estudiantes y aprendices de arquitecto sus cursillos y excursiones. Todavía, en los años que vivió en la que fue antes Residencia del Pinar, volvió a tener junto a él jóvenes estudiantes u opositores de muy diversas disciplinas, a los que predicaba su misión de arte y de arquitectura. Mientras tuvo fuerzas lo hizo. Y cuando se alivió algo su penuria volvió a continuar sus publicaciones. La vieja serie de las *Cartillas* se continuaba en 1952 con una breve y preciosa monografía de Fernando Chueca, sobre *El Museo del Prado*. Fue el canto de cisne de *Misiones*.

Don Pablo, vivo y menudo, siempre de salud endeble, aunque con la energía espiritual que muchos hombres de poca salud poseen, jubilado ya hacía muchos años, no cedía en su vocación de maestro. Mientras las fuerzas le sostuvieron continuó reuniendo en su torno a estudiantes y gentes deseosas de saber para hacer recorridos por las iglesias o los monumentos de Madrid, por los museos y las viejas ciudades. Era además un crítico seguro y exigente de la arquitectura de ayer y de hoy; un paseo con él por las calles madrileñas era, con sólo escucharle, una lección de arquitectura en la que señalaba con perspicacia y precisión aciertos y errores; una lección impagable y una lección de cosas analizadas no de modo libresco, sino vivo. Un hombre tan generoso, tan por encima de todo, podía

llegar a ser duro e implacable analista de la arquitectura de sus colegas porque era justo y sabía lo que decía y porque detestaba la superficialidad y la incompetencia. Lo mismo, cuando hablaba de los libros de historia artística; tanto el divagar como el acumular documentación ociosa, le irritaba porque le gustaba ir al grano de las cosas.

Un día tuvo ya que recluirse en casa. Largos años de cama, inválido, en los que todavía alentaba con ilusión su vieja obsesión misional cuando hablaba de planes e ideas para llevar a la práctica, siempre en su misma línea de misionero. Y un día de noviembre se extinguió, cerca de los ochenta y cuatro años. Los que le conocimos y compartimos con él su tarea misional allá por los años 30 no le olvidaremos nunca, porque nos hizo mucho bien con su estímulo y con su ejemplo. Fue hombre de calidad excepcional, un maestro y un arquitecto, cuyo ejemplo vivo valía más que muchos edificios espectaculares realizados y que muchos libros de muerta letra entregados a las prensas. Terminemos deseando que no se apague definitivamente en nuestro país, resaca de formalismo egoísta, esa llama de idealidad quijotesca que ardió en la vida de D. Pablo Gutiérrez Moreno. Sea aquí recordada piadosamente su memoria.

